

## ¡A TODO LO DEMÁS PIENSO YO!



Hablar de Maestra Tecla es como recordar a mi madre. La Primera Maestra Tecla ha sido para mí no solo la superiora general, a la cual se debía respeto, obediencia y docilidad en las directivas, sino que ha sido “la madre”, una madre que comprendía las capacidades y las fragilidades de las personas que la Proviencia le confiaba.

Mi vida religiosa paulina ha sido marcada profundamente por su sensibilidad y gran humanidad. He conocido a la Primera Maestra Tecla en los tiempos de mi formación en Roma, cuando pasaba a visitar a los grupos y repartos de apostolado; con gusto se entretenía para un breve saludo, lleno de afecto materno, abierta a la escucha y a la participación de nuestras experiencias. Con su modo sencillo de hacer, decidido, espontáneo y acogedor, infundía serenidad y confianza. Le gustaban las recreaciones alegres y animadas; sabía entretenernos con salidas humorísticas, con bromas y con pequeños juegos; reía con gusto y sus lindas risas retemplaban el cuerpo y el espíritu.

Su gran alegría se manifestaba también en el día de la toma de hábito y profesión, saludando y bendiciendo a las jóvenes «hermanas», listas para ser lanzadas en las varias actividades apostólicas. Incluso en aquellas ocasiones su alegría era llena de gratitud y reconocimiento al Señor.

Personalmente he experimentado su gran humanidad cuando la enfermedad tocó mi cuerpo. En esos tiempos la selección de las vocaciones se hacía con cuidado y muy fácilmente a muchas niñas no se les permitió continuar en la vida religiosa paulina. ¡También yo pasé por este riesgo! No obstante mi mala salud, Maestra Nazarena permitió que terminara el año de noviciado canónico, a pesar de no haber sido admitida inmediatamente a la profesión.

Durante los ejercicios espirituales antes de la profesión, me encontré con la Primera Maestra en Ariccia. En la entrevista me preguntó acerca de mi salud (que ella ya la conocía); me hizo preguntas y me aseguró con estas palabras: «No te preocupes, pero reza;

por ahora harás tu profesión en el corazón, después lo pensaré yo. Mientras tanto, harás lo que te diga Maestra Nazarena».

He sido la última novicia a ser recibida por la Primera Maestra, porque en la tarde regresó a Albano donde comenzaron a manifestarse para ella las señales del espasmo cerebral, primeros síntomas de la trombosis. Durante aquellos momentos de sufrimiento, repetía siempre «Pobrecita, pobrecita, pero si no se puede, ¡paciencia! aludiendo a nuestro coloquio, a la no admisión a la profesión a causa de mi salud. Particulares, que yo supe después a través de Maestra Nazarena y de Maestra Constantina, superiora de la comunidad.

El noviciado había concluido, pero mientras mis connovicias se preparaban para la profesión religiosa, Maestra Nazarena me acompañó a Albano (donde hasta ahora me encuentro) para las «curas necesarias. Y, justamente, ha sido en esta Casa donde he tenido modo de verla más a menudo y de gozar de su cercanía. Ella, ya hablaba poco y con fatiga, pero su mirada viva y penetrante dejaba ver su fuerza interior, su sed de santidad, su viva participación en la vida de la congregación.

Sentada en la terraza escrutaba el horizonte, exclamando: « ¡Oh! allá, más allá del mar, muchas Hijas están comprometidas en el apostolado, cuánto bien hacen, que el Señor las bendiga». O mirando las estrellas, repetía: «Estas estrellas son las mismas que ven las Hijas en muchos países lejanos», y recitaba oraciones cortas, pidiendo luz, fuerza y gracias para todas.

Cuando la salud se lo permitía, visitaba con gusto a las enfermas en cama, para to-



das tenía una sonrisa, una palabra de aliento y consuelo, incluso para las hermanas de otras congregaciones, sin distinción, éramos como una sola familia y ella era la Primera Maestra de todas. Participaba activamente en las recreaciones que las enfermas organizaban. Y estaba rodeada no sólo por las curas que necesitaba, sino también por la atención y afecto. El Primer Maestro venía a menudo, se entretenía con ella, celebraba la misa, hacía la meditación y visitaba a las enfermas. Con el Fundador tuvo también la alegría de acoger, en Albano, a Pablo VI.

No obstante todos los tratamientos, lamentablemente llegó el momento en el cual debía concluir su peregrinación terrena y ella, serena y compuesta en su cama, con la bendición

del Primer Maestro, que acudió rápidamente a su cabecera, pronunció su último “aquí estoy”. Su gran corazón, lleno de amor, ternura y rico de iniciativas apostólicas dejaba de latir.

Por experiencia personal, deseo dar testimonio de la acción de la Primera Maestra en mi vida, ya que, en la reunión en Ariccia, pronunció la frase: « ¡A todo lo demás, pienso yo!».

Ella ha pensado realmente en mi historia vocacional, a pesar de las muchas dificultades y vacilaciones. Después de un año fui admitida a la profesión y Maestra Nazarena me dio la tarjeta con el nombre de “María Tecla”, como señal de agradecimiento a la persona y a la obra de la Primera Maestra.

*M. Tecla Ferrante, fsp*

---